VISION DE ESPAÑA

POR
OSVALDO LIRA, SS. CC.

No nos llamaría mayormente la atención si algún lector, al chocar con el título de este ensayo, pensara que en sus páginas lleva oculto un doble pecado; de ambición desordenada, por una parte, y, por otra, de imprecisión. De ambición, porque parece, en realidad, inverosímil que a estas alturas, cuando vamos ya mediando el siglo XX, pueda alguien pretender decir algo nuevo sobre una nación que, desde hace largos siglos, viene siendo objeto de interés apasionado para tantos espíritus dignos de figurar entre los mejor dotados que ha producido la especie humana, y que, por su desarrollo espiritual, su concepto excepcional de la vida y su derroche ininterrumpido de heroísmo, ha logrado, en más de una ocasión, hacer coincidir el curso de su propia historia con la historia universal. De imprecisión, luego, porque no se hace constar en el título el aspecto bajo el cual se va a considerar esa realidad tan rica y compleja, y, por eso mismo, tan difícil de recoger en conceptualizaciones, que es la realidad espiritual española, ya que la hipótesis de una visión integral en este sentido deberá descartarse por no constituir el medio más adecuado de conseguirla su inclusión en las páginas, necesariamente breves, de un ensayo.

Sin embargo, lo que aquí se pretende dar es una visión, y una visión esencial de España. Y para demostrar que no intentamos con ello dar libre curso a ambiciones más o menos desorbitadas, sólo que-

remos llamar la atención sobre el carácter no simultáneo, sino más bien sucesivo de toda comunidad nacional. La nación sólo puede hacerse verdad, no en un solo instante, por muy privilegiado que se le suponga, sino en el decurso del tiempo, porque es un organismo que, como todo organismo, aun cuando fuere de tipo moral, se halla dotado de vida. Y sabemos que la vida creada, por lo menos en el caso de los seres visibles, implica movimiento y, por consiguiente, sucesión. Este es el motivo por el cual, a medida que una comunidad nacional va prolongando su marcha a través de la historia, irán a la par aumentando y mejorando las perspectivas para acertar con su más entrañable razón de ser. De este modo resulta muy probable que ciertos acontecimientos novísimos, deleznables, al parecer, en su nuda entidad concreta, pongan plenamente en relieve alguno que otro aspecto insospechado de fenómenos o épocas pretéritas que, según opinión corriente de los intelectuales, habían entregado ya todo su secreto. Esto solo ya sería motivo sobrado suficiente para acometer una vez más la interpretación ceñida de una realidad nacional que representa para nosotros, los que integramos la comunidad de pueblos hispánicos, lo más acendrado de nuestro ser histórico. Pero aún hay más. Hay, que nunca, como en los tiempos que corren, se habían acentuado hasta tales extremos el antagonismo, agudo a veces, y a veces remiso, pero siempre hondo e irreconciliable, que, no obstante ciertas apariencias, ha venido reinando constantemente entre España y Europa; vale decir, en la escala de hoy día en que una y otra se han derramado por el mundo, entre Hispania y la seudocivilización europea. Nuestra época lo es de decisiones extremas, y es sabido que no existe medio más seguro de revelar los motivos ciertos y oculto de un estado cualquiera de antagonismos que intensificarle hasta el rojo vivo. Si Europa, como dice Ignacio B. Anzoátegui, se ha sentido siempre incómoda con la vecindad de España, no lo había manifestado nunca, ni siquiera en los tiempos españolamente gloriosos de la Contrarreforma, con el rencor, la amargura y la falta de nobleza que hoy día estamos todos contemplando. Pues bien: son las tales propicias circunstancias las que queremos aprovechar ahora para ver manera de insinuar las principales características de nuestra razón histórica de ser.

* * *

Es un hecho que, desde los albores mismos de su vida nacional independiente bajo la supremacía de los visigodos, la sociedad ci-

vil española va discurriendo por cauces históricos que no ofrecen casi punto alguno de contacto con los de las demás naciones europeas; ya desde los tiempos de Ataúlfo comienza a dibujarse y tomar consistencia el binomio España-Europa. Cuando francos y alamannos, burgundas y ostrogodos, anglosajones y daneses se hallan en constante y variado intercambio de influencias, los hispanovisigodos sólo se preocupan de ir haciendo coincidir sus dominios políticos con los geográficos de la Península Ibérica. A ello les obliga también, en cierto modo, su propia situación religiosa, porque mientras los francos ingresaban, los primeros de entre los bárbaros, en el seno de la Iglesia católica, ellos, los visigodos, permanecieron durante un siglo aún aferrados obstinadamente a la herejía arriana, sin que la guerra que estalla por aquel entonces entre visigodos y francos contribuyera a otra cosa más que a acentuar la separación entre España y Europa. Nada se adelanta en tal sentido con la conversión de Recaredo, porque los francos, a su vez, entregados a una serie de luchas políticas más bien que puramente palatinas, van languideciendo, tras la muerte de Dagoberto I—*le bon roi Dagobert*—hasta dar en el período de los reyes holgazanes, y Francia representa para España, en la geografía política de entonces, la manera más fácil de comunicarse con Europa. A la esterilidad intelectual de la mayor parte de la Europa de esos días, viene a contraponerse la vida opulenta y magnífica de la España visigótica. Sus santos, sabios, escritores y fundadores de monasterios forman legión. Y aparecen un Leandro y un Isidoro, un Masona, un Braulio y un Tajón, un Ildefonso y un Eugenio, un Fulgencio y un Julián. Los monasterios comienzan a florecer y propagarse por todas partes bajo el impulso de esos hombres extraordinarios que fueron San Fructuoso, San Millán y Santo Domingo de Silos y tantos otros. La cultura y la vida religiosa españolas durante los siglos católicos de la monarquía visigótica resultan hasta tal punto las primeras de Europa, que España llega a aparecer entonces, en un mar de barbarie, como una isla de cultura y de civilización.

Sabemos cómo toda aquella cultura se derrumba a comienzos del siglo VIII ante la acometida irresistible de los musulmanes, que se extienden con la rapidez vertiginosa de una riada por casi todas las tierras ibéricas. La España visigótica, fundida ya con los antiguos pobladores hispanorromanos en un solo cuerpo de heroísmo, se recoge entre los riscos cántabroastures, vasconavarros y pirenaicos, en espera del momento propicio para comenzar a dar cuenta cumplida de los invasores. Como para la empresa sobrehumana de la Reconquista va a necesitar España recurrir a todas sus fuer-

zas, se desentenderá ahora con mayor intensidad que nunca de todo lo que por entonces ocurra fuera de sus fronteras, para no ocuparse más que de sí misma; por lo menos mientras no hubiere plantado bien sólidamente los jalones de la victoria definitiva. Cierto es que de cuando en cuando llegan a establecerse comunicaciones entre allende y aquende los Pirineos; que Alfonso VI, el *Adefonsus imperator toletanus* de las crónicas medievales, establece la reforma cluniacense en Castilla, ahogando con ello la liturgia mozárabe, y coloca en la Sede Primada de Toledo a un cluniacense francés; que caballeros italianos, provenzales, franceses y flamencos dibujan un comienzo de ayuda en la batalla de Las Navas de Tolosa; que doscientos cincuenta mil *cruzados (sic)* pretenden arrojar de sus estados al gran rey de Aragón Don Pedro III, y que, en fin, Francia e Inglaterra intervienen en las luchas políticas de Castilla entre Don Pedro *el Cruel* y Don Enrique *el de las Mercedes*. Todo esto, sin embargo, se revela como esporádico, fugaz, superficial. Lo cierto es que la nación española blandía con una mano la espada católica de la civilización patria, mientras que con la otra llevaba a cabo la obra políticosocial más audaz y perfecta que han visto los siglos; la más conforme con los derechos esenciales de la persona humana, al mismo tiempo que la más acendradamente española, ya que a nadie podía copiar en este sentido por haber mantenido constantemente la iniciativa en sus propis manos. La posición de España en aquellos tiempos era la del explorador que se va abriendo paso en la selva virgen. Su actitud respecto de Europa contrasta con la de las demás naciones cristianas, hasta el punto de que, cuando todas ellas, haciendo causa común, se vuelcan por igual en la magna empresa de las Cruzadas, España sabe contenerse y sujetarse al axioma de que la caridad bien ordenada comienza por uno mismo, porque sabe que «el bivir qu'es perdurable» no se gana sólo rescatando el sepulcro de Jesucristo de las manos infieles y sanguinarias de los Seldiúcidas, sino también «con trabajos e affiictiones contra moros».

Así es cómo, a partir de los instantes sublimes de Covadonga, España y Europa vienen a formar dos organismos perfectamente diferenciados y hasta prácticamente impenetrables el uno para el otro. Es cierto que la nación española contribuyó, según le correspondía, al desarrollo general de la cultura con creaciones de alcance universal. Allí están para atestiguarlo el *Cantar de Mío Cid* y el *Libro de buen Amor*, las *Coplas* de Jorge Manrique y el *Código de las Siete Partidas*, sin contar con el *Rimado de Palacio* y el *Laberinto de Fortuna*, así como con *El Conde Lucanor*, la *Suma de*

la Política y otras manifestaciones, más bien de tipo filosófico, que demuestran la fecundidad del genio español. Raimundo Lulio, Gundisalvo y Pedro Hispano, al igual de Gonzalo de Valboa y Raimundo Sabunde pueden figurar con honor junto a las grandes figuras de la filosofía medieval. Con todo, es preciso observar aquí un fenómeno curioso. La resonancia que las grandes creaciones españolas consiguen fuera del territorio patrio es siempre inferior a las de sus similares en calidad de las demás naciones europeas. El genio peninsular comienza ya a hacerse incomprensible para los extranjeros, lo cual resulta tanto más inexplicable en apariencia cuanto que en esos tiempos no podían mediar motivos de tipo religioso, puesto que España y Europa vivían por igual agrupadas en torno a la Cátedra universal de la Verdad, regidas por una misma dogmática e idéntica moral. Hay algo, sin embargo, que separa ya a España de Europa, algo que todavía no puede concretarse bien porque no han sobrevenido aún las circunstancias favorables para ello, pero que andando el tiempo logrará manifestarse a plena luz: el sentimiento celoso de la dignidad humana, exacerbado por su lucha contra el fatalismo musulmán. Eso es lo que imprime también en las manifestaciones todas del pensamiento español, tanto científicas y filosóficas como literarias y artísticas, cierto sello acusadamente nacional, ante el cual de bien poca fuerza vienen a resultar las consideraciones sobre posibles y aún efectivas influencias de lo exterior.

En ese estado de mutua y pasiva incomprensión, mucho más acentuada, por cierto, por parte europea que española, como lo demuestran suficientemente las aficiones intelectuales y humanísticas de los grandes escritores peninsulares, enterados casi todos ellos del movimiento intelectual extranjero, viven y conviven España y Europa hasta los momentos únicos del descubrimiento de América. Al ritmo heroico de la conquista y colonización de las comarcas del Nuevo Mundo, Europa comienza a agitarse en convulsiones de angustia y rencor, mientras que su ignorancia hacia todo lo español, de simple y espontánea que era, se va a convertir desde entonces en rabiosamente afectada. La exclamación despechada de Francisco I de que no conocía ninguna cláusula del testamento de Adán que repartiera el mundo entre portugueses y españoles, constituye todo un símbolo. Parece como si presentimientos rigurosamente análogos hubiesen impulsado y dirigido, aunque en direcciones opuestas, los pasos de europeos y españoles; presentimiento de que la cristiandad europea iba muy pronto a cuartearse y de que era preciso, en consecuencia, adoptar desde luego posición determi-

nada ante los acontecimientos. Bajo esta luz, la epopeya americana se nos revela como el medio de que se valió la Providencia divina para prepararle a su Iglesia las suficientes reservas humanas lejos del campo de acción de la herejía. Con ello pasa Europa de la incomprensión de España a la hostilidad irreconciliable contra España. La división del continente europeo en España y Antiespaña no puede ser más violenta y taxativa. La Reforma es Europa menos España; la Contrarreforma es España sin Europa. La inquina de Europa contra España en los tiempos de la Contrarreforma pudo obedecer, tal vez, al hecho del incontestable predominio político y militar de la única nación que tomó en serio su cometido típico de salvaguardar los valores trascendentes del hombre, poniendo sus recursos temporales al servicio de la Iglesia con una generosidad que muchas veces los mismos Papas no supieron comprender; pero obedece, sobre todo, al hecho de que, con su acción civilizadora en el Continente americano, la nación española frustró en definitiva los propósitos de la revolución internacional, que quería barrer de la sobrehaz de la tierra el influjo social del Catolicismo. Por eso la lucha no se limita a los campos de Europa, como habría sido lógico de no perseguirse más que el abatimiento del poderío español, puesto que en aquellos tiempos fué mucho más verdad que en los de Hitler, que las guerras se ganan o se pierden en Europa, mientras que, en lo referente a los recursos que España podía obtener de América, era más o menos hacedero estorbar su tránsito hasta la propia Península con unos cuantos navíos colocados estratégicamente en las rutas obligadas de los convoyes, sobre todo cuando la flota española había dejado ya de dominar los mares. Pero no; era preciso, además, intervenir en el propio Nuevo Mundo y elegirlo como campo propicio para sembrar en él la cizaña, porque mientras en América hubiese unidad religiosa resultaba imposible dejar asegurado el triunfo definitivo de la revolución.

De esta manera la Contrarreforma convierte a España en enemiga común de Europa, porque antes la Reforma convirtió a Europa en encarnizada enemiga de sí propia. En adelante será imposible que haya paz entre España y Europa mientras no se hispanice Europa o se europeíce España, dando, por supuesto, a los vocablos *europeización* y *Europa*, en este caso, el significado peyorativo que les viene de haberse dejado inficionar por la Reforma. Por desgracia, lo que va a realizarse será la europeización de España, porque la lucha era, desde luego, demasiado desigual para que hubiese podido terminar de otra manera. Es interesante a este propósito hacer resaltar cómo en las dos grandes empresas de carácter y repercu-

siones ecuménicos que ha llevado a efecto, España se ha visto completamente abandonada a sus solas fuerzas: la Reconquista fué realizada sin Europa; la Contrarreforma, contra Europa. Y, sin embargo, una y otra resultaban necesarias a la conservación del ser histórico de Europa. Así es cómo España llega a la plenitud de su entidad histórica por caminos en cierto modo extraeuropeos. Decimos *en cierto modo* porque, en realidad, en aquellos instantes supremos en que se va a decidir si Europa habrá de ser religiosamente romana o luterana, quien encarnaba los más puros valores europeos era España. Ahora que también esto exige explicación, porque aun en los tiempos medievales, en que tan poderosa se mantenía la idea de cristiandad, cada nación ofrecía ya, en el plano temporal, una versión particular del cristianismo, dando por sentado que, como dice Vasconcelos, la versión española era y es la mejor. De manera que, bajo cierto aspecto, la Contrarreforma vino a ser la lucha enconada de Europa contra Europa; en otras palabras: de los auténticos valores europeos dirigidos por España contra la invasión destructora de la revolución internacional. Sólo en España, era, en efecto, donde perduraba todavía ese concepto teleológico y teológico de la existencia humana que constituyó a lo largo de los tiempos medievales el acervo común tradicional de las naciones cristianas, a la vez que contribuyó, como contribuye la raíz, a plasmar la civilización occidental. Por eso, la enemistad entre España y Europa, todo lo encarnizada que se quiera, no podía imputársele a España, ya que recaía por entero sobre los advenedizos que querían a todo trance hacer discurrir la vida social y política de las naciones europeas por cauces espurios, los cuales, por serlo, suponían necesariamente el aniquilamiento de una tradición que España no podía negar ni permitir en modo alguno que se negara sin destruirse *ipso facto* a sí misma.

Sus propósitos, empero, fracasan. La Europa moderna, representada por Francia y la Reforma, triunfa en toda la línea, de suerte que, cuando al morir el último de los Austrias, deja a la nación, exangüe ya, en manos de la dinastía de los Borbones, España pierde, en definitiva, su posición señera. Se produce entonces un fenómeno curioso que, a nuestro juicio, no ha sido analizado aún en todos sus aspectos, y es que, a partir de ese momento, la *élite* ilustrada española se va a empeñar, en su mayor parte, por entero, en la empresa de romper todo contacto con la tradición para superar de una vez la disyuntiva España-Europa que tantos males había acarreado al cabo de dos siglos sobre España. Lo trágico del asunto estriba en que, pensando superarla, lo que hicieron fué

suprimirla por la eliminación pura y simple de uno de los extremos, del extremo *España*. No es que vayamos a caer en la necedad de creer que la causa de la desviación fuese el advenimiento de los Borbones, pero sí que con ello se hizo ya imposible desandar lo andado. Si los descendientes de San Luis—*quantum mutati ab illo!*—se hubiesen encontrado aquí con una nación espiritualmente vigorosa y llena de confianza en su propio destino, se habrían visto asimilados, sin duda alguna, por el ambiente, como le sucedió al primero y más grande de los Austrias: el César Carlos V; porque no debemos olvidar, si queremos ver claro en este asunto, que en su origen los Habsburgos fueron tan extranjeros respecto de España como los Borbones. En ralidad, las causas más genuinas de la única crisis epiritual española verdaderamente grave las hallaremos como resumidas en el hecho mismo de su contienda con Europa, porque el contacto prolongado y continuo de dos antagonistas entre sí predispone de suyo a un trasvase mutuo de actitudes espirituales. Y que no se venga a invocar como objeción en contra de esto las luchas seculares de la Reconquista en el sentido de que ni musulmanes ni españoles se compenetraron espiritualmente; porque, primero, el dominio, o a lo menos el contacto musulmán, logró dejar insinuados en el espíritu español ciertos rasgos inequívocos, si bien accidentales, y luego, porque las circunstancias concretas eran absolutamente dispares. En el caso de las luchas de la Contrarreforma se trataba de pueblos cuya civilización era consustancialmente idéntica a la del español, y que aún, por si esto fuera poco, habían integrado todos, junto con él en otro tiempo, el gran organismo de la Cristiandad medieval, mientras que el musulmán, extraño ya por su misma genealogía, fué considerado siempre, desde el comienzo, como un intruso. Más claro: la España con que se encontraron los Borbones estaba ya debilitada por haber venido respirando durante dos siglos las ráfagas tormentosas de individualismo que soplaban sin cesar desde las llanuras europeas, por cuyo motivo, según lo hemos advertido, le fué imposible asimilarlos. Y si ya de paso nos hemos referido a la desigualdad de la lucha emprendida por España contra Europa en defensa de los propios valores eternos europeos, no fué porque pensáramos tanto en el desequilibrio proeuropeo de fuerzas materiales cuanto en la extraordinaria pureza de intención que suponía para los españoles. El ideal que ellos propugnaban era tan elevado, que les exigía una tensión espiritual prácticamente imposible de mantener por mucho tiempo, mientras que los objetivos de sus adversarios eran de esos para cuya obtención resulta siempre fácil encontrar los medios apropiados. Y es

sabido que la adaptación de los medios a los fines ha constituído siempre y en todas partes la circunstancia más propicia para alcanzar la victoria.

Vencida España en una lucha en que campeaban de su lado la razón y la justicia, era perfectamente explicable que la mayoría de su clase directora, sin entrar en más prolijas averiguaciones, abominara de los principios en cuyo nombre había combatido. De entonces acá y siempre bajo el peso de semejante preocupación, va tratando de amoldarse al espíritu de la Revolución victoriosa. Lo trágico del asunto va a ser que, dejando en cierto modo de ser España, España no logra, por más que lo intenta, convertirse en Europa. Su robusta savia popular va actuando como un reactivo enérgico y continuo que, en cierto modo, también resulta contraproducente para ella, porque acaba por convertirla en una realidad híbrida, con la esterilidad consiguiente a todos los hibridismos. Aquí, y no en otra parte, hay que colocar la razón de ser de esa ausencia casi completa de potencia creadora que podemos observar en las diversas manifestaciones científicas, artísticas y literarias de los siglos XVIII y XIX en nuestra Península. Porque para que una nación pueda vivir en condiciones normales de desarrollo es absolutamente necesario que su clase dirigente y su masa popular marchen del todo compenetradas, ya que se completan, y por consiguiente, se necesitan entre sí. Es que el pueblo ofrece como contribución privativa suya el saber experimental, ese conjunto de principios no adquiridos en los libros, sino inducidos de la serie innumerable de casos particulares que proporciona la observación de cada día, mientras que la clase dirigente, la *élite*, brinda por su parte, a tal efecto, la indispensable armazón conceptual. Por eso un pueblo o una masa—y conste que al calificativo de *masa* no se le da en este momento ningún sentido peyorativo—, divorciada de su clase directora, equivale simplemente a una experiencia sin conceptualizar o, lo que aún resulta mucho peor, a una experiencia mal conceptualizada, del mismo modo que una *élite* directora que prescinde del contacto espiritual con el pueblo sólo puede pretender a una simple vida de invernadero. En realidad, España, entonces, camina a ciegas. Por todas partes cree encontrar remedios contra la decadencia que la corroe, cuando no alcanza a advertir que la decadencia es efecto preciso del camino que está recorriendo. España cree, por órgano de sus clases dirigentes, que lo que le falta es europeizarse, cuando lo que en realidad necesita es plantarse cada vez con mayor decisión frente a esa Europa descastada que la está invadiendo en su espíritu o, en una palabra, hacerse cada día más

española. Primero, porque ése es el único camino que se le abre a ella para volverse genuinamente europea, desde el momento en que los valores eternos de Europa es entonces España quien los posee en forma exclusiva, aunque soterrada, y luego, porque sólo así es como podría asimilar los influjos espirituales de fuera, en lo que encerraren de positivo, convirtiéndolos, para bien de todos, en carne de su propia carne. Ya que su masa popular le impedía con razón convertirse en Europa, no le quedaba a España más recurso que superar su hibridismo de ocasión, y naturalmente que el único modo de superarlo consistía en comenzar de nuevo y sin restricciones a ser España.

A medida que el poderío español va declinando y, sobre todo, que se va esfumando la confianza de los españoles representativos en los principios que labraron antaño la grandeza de su patria, los sentimientos de Europa hacia España, sin dejar de ser de envidia, se van tiñendo paulatinamente con matices de menosprecio. Es que, a pesar de haber concluído con el poderío español y logrado captar en su sector directivo la posibilidad de *conceptualizarse* que podía haberle quedado a su masa popular, Europa presentía, con la agudeza de percepción característica del miedo, que aún seguían latiendo en dicha masa virtudes y reservas espirituales suficientes para hacerla irrumpir otra vez hasta la categoría de protagonista en el plano internacional, lo cual constituía motivo sobrado para hacer perdurar la envidia, mientras que el servilismo espiritual del sector representado por Moratín o por Luzán justificaba con creces el menosprecio. Aquí reside, indudablemente, la tragedia de España; en que los que debieron haber sido sus mentores no se resolvieron a aceptar la posición, en cierto modo extraeuropea, que la Providencia les venía señalando de continuo por boca de tantas y tan reiteradas circunstancias históricas, cuando dicha posición comenzó a implicar humillación; porque era más halagüeño, claro está, sentirse extraeuropeo en tiempos de Felipe II y del gran duque de Alba que en los de Felipe V o de la Cuádruple Alianza, aun cuando lo era tan necesario ahora como entonces. Como si todo esto fuera poco, España, por las razones ya apuntadas, plagiaba con retraso y sin vigor, de suerte que las resultantes españolas de los grandes movimientos ideológicos europeos terminan siempre en flores de invernadero, carentes por completo de vitalidad normal. De este modo, España, a pesar de su servilismo oficial, no lograba ponerse a tono con Europa, alterando así la armonía del conjunto y constituyendo al mismo tiempo para los europeos una especie de tierra exótica donde se podían venir a

contemplar en carne viva las épocas pretéritas. El exotismo, la *españolada;* tal fué el arma que aguzó la envidia europea para tratar de desvirtuar en definitiva las siempre vivas esencias populares españolas. Y lo más triste de todo es que encontró en la misma España quienes cooperaran a esta obra enconada de destrucción.

De este modo y contemplando la historia de la civilización occidental en sus líneas matrices, podemos advertir con claridad meridiana cómo España y Europa siguen en su marcha trayectorias divergentes cuando no contrapuestas, y que la única vez que, por parte de España, se decide poner término a la oposición, lo único que logra obtener en definitiva es el espectáculo de cómo se van desvirtuando sus esencias nacionales hasta el punto de poner con ello en serio peligro la persistencia misma de su ser histórico. Nunca, ni aun en los momentos de mayor armonía internacional durante la maravillosa época medieval, se manifestó tan estrechamente solidaria España de Europa como en los siglos del neoclasicismo y de la *Illustration,* porque nunca tampoco se mostró tan decidida y deliberada lo que podríamos denominar su *voluntad de coincidencia.* Durante sus restantes encrucijadas históricas, España sólo se preocupó de ser España, sin parar mientes en sus coincidencias o divergencias con Europa. En cambio, a lo largo del período borbónico, España sólo se preocupa de ser Europa, sin parar mientes en lo que semejante actitud podía significar de deslealtad e incluso de traición consigo misma. No queda, pues, más remedio que aceptar la condición de extraeuropeo como carácter diferencial del espíritu español, y entrar ahora a analizarlo en su aspecto positivo, para ver, luego, el modo de sacar ciertas conclusiones prácticas que puedan sernos útiles en los tiempos por venir.

* * *

Si analizamos con mirada limpia y certera la historia espiritual española hasta la época malhadada del neoclasicismo y la *Illustration,* descubriremos como modalidad constante suya la *anticipación.* España es, ante todo y sobre todo, una nación de videncia de espíritu, una nación de iniciativas en toda la fuerza del vocablo. En ella pueden descubrirse manifestaciones de la actitud que hoy día, aplicada a las bellas artes, se suelen denominar *vanguardismo,* no sólo en el campo preciso de la estética sino aun en sectores científicos tan rebeldes, en apariencia, a la innovación como es el caso de las disciplinas teológicas. España es, en el gran sentido de la palabra, *vanguardista.* Pero lo es sólo cuando mantiene, por su parte, una

actitud diferenciada respecto de Europa, cuando se preocupa únicamente de ser nada más y nada menos que ella misma. O sea —para aprovechar ahora una conclusión formulada más atrás—, cuando la experiencia popular se mantuvo en estrecha consonancia con la sabiduría científicoconceptual de sus elementos dirigentes. Aquí, en esta comunicación o comunión psicológica admirable entre dirigentes y dirigidos, será, tal vez, donde haya de buscarse la raíz última de esa doble faceta de idealismo y realismo que la fina intuición de Dámaso Alonso señala como rasgo distintivo de la literatura española, y que puede descubrirse igualmente en las restantes manifestaciones del arte peninsular hispánico. En ella, también, el carácter hondamente humano que revelan todas sus iniciativas en el curso de la historia.

Durante la Edad Media el genio inventivo de los españoles se revela, más que en el campo de la especulación pura, en el del saber moral, y éste aun considerado no tanto en su aspecto individual como en el colectivo. Es natural. Cuando la especulación teológica o metafísica llega a constituir la manifestación típica de la intelectualidad de un pueblo, es porque ese pueblo ha llegado a encontrar ya la vía que debe conducirle a su destino histórico definitivo. Al igual de las individuales, las personas colectivas necesitan de un ambiente propicio para poder dedicarse a una actividad que, según lo observó ya Aristóteles, los humanos la poseemos sólo a título precario porque de suyo es divina. Pues bien: la España medieval tenía el enemigo dentro de casa, por lo cual le era imposible entregarse a especulaciones de tipo teológico o metafísico hasta no haberle expulsado por completo de su territorio. Sus teólogos de entonces, pese a su innegable valía, no llegan a constituir el exponente típico del genio nacional. Tal privilegio le estaba reservado a las *Partidas*, porque, a medida que avanza la Reconquista, va tornándose también cada vez más urgente precisar las líneas matrices de la estructura de los nuevos reinos cristianos. En este plano, las ventajas que logra adquirir España sobre las naciones del resto de Europa se nos manifiestan verdaderamente abrumadoras. Recuérdense sus Cortes y sus gremios; recuérdese cómo la autoridad monárquica no se resuelve en absolutismo ni el municipio llega a actuar tampoco a modo de disolvente de la unidad política nacional—según aconteció respectivamente en Francia y en los territorios del Sacro Imperio—, y se comprenderá la perfección a que llegó la estructura política española en plenos tiempos medievales.

Por eso, cuando, terminada la Reconquista y ahuyentados los mu-

sulmanes del solar patrio, la nación española se ve libre, al fin, para verificarse integralmente a sí misma, la afirmación de su originalidad es total. Conserva con igual vigor la iniciativa política, dando una nueva muestra de su flexibilidad de espíritu en este sentido con la fórmula de la *unión personal* entre el reino de Castilla y la Confederación catalanoaragonesa, en la cual quedan perfectamente conciliadas la unidad nacional con la diversidad psicológica y geográfica de las regiones que la integran, así como antes se habían conciliado el poder monárquico con los fueros municipales y feudales; y no sólo la conserva, sino que le abre nuevos campos de acción con el descubrimiento, conquista y colonización de América. Así como las *Partidas* presiden el desarrollo de la España medieval, el código del Imperio lo van a constituir las Leyes de Indias. Ahora como entonces, la *anticipación* española es patente. Como carece de modelo porque es la primera nación cristiana que se ve implicada en empresas colonizadoras, tiene que erigir en precedentes sus propias iniciativas. Pero no es eso sólo. Ahora, quien va a dejar oír su voz es la teología. Ya han desaparecido los obstáculos que en la época medieval entrababan su pleno desarrollo. Si no la reconquista del suelo español, la conquista del suelo americano se verificará de acuerdo con las normas que acerca del derecho de intervenir en países de infieles habrá de fijar fray Francisco de Vitoria. Desde sus primeros pasos, la ciencia teológica española se presenta bajo caracteres de sólida madurez. Su desarrollo ulterior, enfrentándose con los más difíciles y hondos misterios de la Revelación, y elaborando luego soluciones de admirable sutileza a la vez que rigurosamente concordes con las exigencias de la Verdada cristiana, hacen de ella la ciencia que logra identificarse de una manera más cabal con el espíritu nacional español. Los sistemas de la *predeterminación física* y de la *ciencia media*, así como el *congruismo* y el *probabilismo* quedan como exponente magnífico del vigor y originalidad alcanzado por la teología española, sin olvidar la sistematización de sus principios realizada en su obra *De Locis theologicis* por el ilustre dominico de Salamanca Melchor Cano.

Si volvemos ahora nuestras miradas al campo del Arte, nos encontraremos con que allí también las *anticipaciones* españolas lo invaden todo. La autoridad indiscutida e indiscutible de don Ramón Menéndez Pidal es la que nos ha hecho ver cómo las innovaciones teatrales del Fénix sólo han venido a ser comprendidas en todo su alcance y hondura en pleno siglo XX. Pues bien, lo que el gran maestro dice de Lope puede aplicarse sin violencia alguna a

las demás facetas del arte del aquel tiempo. Piénsese cómo de la poesía de Góngora arrancan los sectores más representativos de la lírica moderna española y extraespañola, al paso que la gran figura de Velázquez está presididendo, señera y majestuosa, la evolución entera de la pintura hasta nuestros días. Piénsese que el Greco nos ofrece los primeros ejemplos del expresionismo pictórico y aún de las *deformaciones* cubistas que, si escandalizan al público aficionado, se debe simplemente a que no se las ha sabido *situar*. Piénsese, igualmente, en el papel que dentro de la música moderna, especialmente en la de Beethoven y demás sinfonistas alemanes, le ha cabido a la *variación* para comprender el alcance de sus antecedente inmediato, las celebérrimas *diferencias* de Cabezón. Piénsese, en fin, en la decisión con que Fernando de Rojas echa con su *Tragicomedia de Calisto y Melibea* las bases de la novela psicológica moderna, que tanto auge había de alcanzar en nuestros días, y se tendrá una vista de conjunto de las *anticipaciones* españolas en el arte europeo del siglo XVI. Ninguna de ellas deja de fructificar copiosamente, hasta el punto de que no sólo en el sentido de que a cualquier obra de arte se le pueden descubrir antecedentes, sino en otro mucho más concreto, podemos afirmar que la mayoría de las corrientes artísticas modernas fueron formalmente preludiadas por genios españoles de la Epoca áurea.

En contraste violentísimo con esta España, la de los europeizantes de los siglos XVIII y XIX no produce, dentro de los límites del genio, obsolutamente nada. La Escolástica se ve representada por el P. Losada, el P. Alvarado y alguno que otro vulgarizador más o menos estimable, pero brillan allí por su ausencia los espíritus capaces de propulsarla en lógico y bien orientado desarrollo. A Velázquez sucede en el favor de los monarcas y el aprecio del gran público, el caballero Antonio Rafael Mengs, mientras que la lírica y el teatro ostentan ahora a Meléndez Valdés o Quintana y a los Moratines o García de la Huerta. Es cierto que la música produce valores tan estimables como Fernando Sors, el P. Antonio Soler y el malogrado Juan Crisóstomo de Arriaga; pero no perdamos de vista que esos mismos eran los tiempos en que vivieron Bach el grande, Haendel y Gluck, así como Haydn, Mozart y Beethoven. Como única excepción genial de este período—fuera de las del campo musical que se hallaba entonces en auge en toda Europa—podemos contemplar la figura del P. Hervás y Panduro. Es cierto que en el siglo XIX se nota cierta relativa fecundidad y que allí aparecen Goya y el Romanticismo; pero eso se explica muy bien sin desvirtuar nuestra tesis. Porque es perfectamente natural que un pue-

blo que ha seguido, como masa popular, conservando intacto su vigor, llegue a irrumpir de cuando en cuando con fuerza irresistible a través de la pauta establecida por una clase directora con la cual ha dejado ya, hace tiempo, de entenderse. Goya y la Independencia constituyen, cada cual a su modo, dos de esas irrupciones, y tan vigorosas que la sacudida espiritual producida por ellos resulta suficiente para fecundar buena parte del siglo XIX y para infundirle al Romanticismo un empuje y una tonalidad emotiva que logra hacer de él el movimiento más afín al Siglo de Oro que brotó durante esos siglos en España. No es todavía, evidentemente, lo ideal, pero es lo que, dentro del extranjerismo, se aproxima más a lo ideal. Faltaba aún en los sectores dirigentes españoles la necesaria robustez espiritual para haberlo totalmente asimilado. Ejemplo de cuán necesarias resultan para orientar y organizar la sabiduría del pueblo, las posibilidades conceptualizadoras de la gente ilustrada. Por eso el Romanticismo no pudo ser lo que hubiera debido ser aquí: una ocasión para España de redescubrirse y reconocerse a sí misma.

Ahora, cuando sobreviene el alud de los *ismos* modernos, España se hace eco, sin vacilar, de todos ellos. Desde el impresionismo pictórico que, en el orden cronológico, es el primero de todos ellos, hasta los más recientes como el de los *fauves*, el subrealismo y *Dadá*, todos encuentran en los ambientes intelectuales españoles, quién más, quién menos, alguien que los represente. Los nombres de Regoyos, Nonell y Picasso, entre otros; los de Gerardo Diego, Alberti y Aleixandre, y en fin, los de Falla, Halffter y Joaquín Rodrigo están manifestando claramente que el espíritu español no retrocede ante los avances artísticos modernos, así como los de Ortega, Zubiri y otros demuestran que tampoco se asustan de los movimientos filosóficos novísimos. El por qué los *ismos* de última hora han logrado adquirir un auge y calidad desconocidos de los de los siglos XVIII y XIX, lo analizaremos en seguida. Por ahora baste la simple indicación del hecho de que las iniciativas no brotan de dentro—por lo menos no exclusivamente—, sino que continúan todavía reconociendo al espíritu europeo como el manantial de donde todas ellas arrancan por igual; sin que quiera decirse con esto, tampoco, que la actitud observada hacia ellos por los españoles sea idéntica a la de los afrancesados del siglo XVIII ni a la de muchos románticos del XIX. Al contrario, la enorme diferencia entre una y otra va a servirnos de punto de partida para una serie de consideraciones encaminadas a determinar la trayectoria hispánica en los tiempos que se avecinen una vez que se haya superado la actual

angustiosa encrucijada histórica. Porque también la España áurea recibió influencias del extranjero, e incluso la medieval, aunque en grado mucho menor, como quedó ya insinuado más atrás. El problema de la originalidad ha de resolverse, en efecto, no tanto desde el punto de vista de si se reciben o no se reciben influencias, sino sobre todo, viendo qué es lo que se hace con ellas; o sea, si se las deja inalteradas o se las transforma, por el contrario, en auténtica sustancia nacional.

El auge a que aludíamos de los modernos *ismos* europeos en España se debe a que, no obstante sus numerosos defectos, revelan una calidad apreciablemente superior a la de los movimientos intelectuales de las dos últimas centurias. No se necesita ser muy zahorí para advertir que la fenomenología o el existencialismo, verbi gracia, son superiores en hondura al krausismo o al voluntarismo de Schopenhauer, así como el cubismo o el surrealismo lo son respecto del academicismo de Boileau o de Jacques Louis David. Nada decimos del hegelianismo porque pese a su indudable y extraordinaria envergadura, no deja huella alguna en el pensamiento español contemporáneo. Precisamente el hecho de que hoy tengan resonancia en él las corrientes de altura, a diferencia del siglo pasado en que si se da entrada a Kraus o a la ópera verista de Arrigo Boito, Bellini o Leoncavallo, se permanece en completa indiferencia ante creadores como Beethoven, Schumann o Wagner, está acusando un avance manifiesto en el camino de la dignidad estética, avance que permite abrigar la esperanza firme, o más bien la seguridad, de que en un día no lejano se volvería de lleno a esa actitud gallarda que hizo brotar de la arquitectura renacentista o del endecasílabo italiano algo tan profundamente nacional como la arquitectura plateresca o las églogas de Garcilaso. El estado de plenitud no supone, en modo alguno, el vivir rechazando las influencias externas, sino en responder a iniciativas con iniciativas, o en otras palabras, en responder a la acción con una reacción que, a diferencia de las del mundo físico, podrán ser no sólo igual, sino aún más intensa que aquélla. El mal de la España borbónica no consistió precisamente en recibir influencias, sino en recibirlas de modo pasivo, sin intentar, o, a lo menos, sin saber cómo hacerlas perder su sabor extranjero, ni, por consiguiente, convertirlas en expresión genuina del espíritu nacional.

* * *

En todas sus audacias innovadoras, los grandes genios españoles encontraron siempre cooperación decidida por parte de los elementos populares. Entendámonos. No queremos decir con esto que la masa del pueblo llegara a comprender en sus elementos constitutivos la doctrina de la premoción física, por ejemplo, o bien la pintura de Velázquez o el teatro de Lope. Nada de eso, sino que el creador español — teólogo, autor dramático o pintor—se mantuvo siempre en contacto con el espíritu popular, de suerte que, cuando trató de explicar científicamente en lo que tienen de explicables las realidades del orden sobrenatural, o cuando vino a captar el misterio de la luz o el del ritmo y medida del lenguaje, actuó siempre como intérprete necesario del alma de su pueblo; basta con pensar un instante en el éxito, sostenido durante siglos de los autos sacramentales y de comedias como *El condenado por desconfiado* y *La vida es sueño*. De aquí proviene que aun en las corrientes intelectuales más distantes, por naturaleza propia, del vulgo, como las controversias teológicas de *Auxiliis*, o por voluntad de sus jerarcas, como el *gongorismo*, se nota un sello de *inevitabilidad* que en vano buscaríamos en las producciones similares extranjeras, una conformidad con esa virtud del *intellectus*, señalado por los escolásticos como el hábito de los primeros principios, o sea de las evidencias fundamentales del entendimiento humano. Compárense, por ejemplo, los sonetos de Góngora con los de Valéry y se verá la diferencia. Es esa compenetración del pueblo con sus clases directoras, en efecto, lo que junto con constituir el rasgo distintivo de la España áurea, le infunde la fuerza irresistible que palpita en todas sus creaciones. Allí no hay solución de continuidad entre la *élite* y la masa popular. El teólogo, el pintor o el poeta no son sino las flores que están bebiendo la savia generosa que le brinda la raíz popular. Lo que allí pasaba entonces era, sencillamente, que, por esa compenetración admirable, cada sector del organismo nacional podía apurar hasta el máximum sus posibilidades propias. Así es cómo el espíritu privilegiado podía devolver a la masa popular, centuplicados, los beneficios vitales que de ella había recibido, al paso que la masa, a su vez, entraba a participar, en grado desconocido para otros pueblos, de las grandes creaciones científicas o literarias que ella misma, previamente, había hecho posibles.

Porque es ahora cuando debemos hacer resaltar una diferencia característica entre las invenciones o hallazgos españoles del Seiscientos y aquellas otras que han venido acumulándose con asombrosa rapidez desde mediados del siglo pasado hasta hace quince

o veinte años en los dominios exclusivamente espirituales de la filosofía y el arte. Las invenciones españolas son humanas; las modernas, en cambio, cerebrales. Esta es la razón por qué las españolas y no las modernas han permanecido a través de la historia del pensamiento con toda la flexibilidad típica de lo vital y no como meras curiosidades arqueológicas. Con esto no queremos decir—¡líbrenos Dios!—que los *ismos* modernos, científicos y artísticos, hayan sido inútiles. Al contrario, creemos que en el punto a que habían llegado la filosofía y el arte a mediados del siglo XIX, se imponía con urgencia una renovación total no sólo de la visión de la realidad, sino también de los medios de expresión. Difícil será medir, v. gr., los beneficios provocados, en el seno mismo de la Escolástica, por Husserl o Heidegger, y, antes aún, por Brentano. El estudio del Doctor Angélico se había convertido en una simple memorización de su doctrina, mientras que la actividad creadora había venido a parar en la adoración ñoña de la anécdota a expensas de las leyes formales de la poesía. Ahora que la reacción, falta de verdadero equilibrio, no se limitó—¡dificilísima limitación!—a superar, a trascender, sino que, acentuando demasiado sus elementos diferenciales a costa de los integradores, negó y destruyó, en impulsos iconoclastas, muchos valores dignos de ser conservados.

Hoy que, cerrado más o menos el ciclo de tales experiencias, se viene en la mayor parte de los casos ya de vuelta, podemos contemplar aquel entrechocar clamoroso de tendencias dispares con serena objetividad, concediéndoles su justo valor a todos los factores, positivos y negativos, que entraron en juego. Pues bien: como opinión resultante, podemos afirmar que todo aquello careció del necesario equilibrio. Semejantes a aquellos alquimistas medievales que allá, en el recinto de sus laboratorios, perseguían, anhelantes y abstraídos, el aislamiento de la piedra filosofal, los pensadores y artistas modernos se lanzaron también en rebuscas unilaterales. Dilthey es la historicidad a costas de lo ontológico, y lo mismo se podría decir de Heidegger, mientras que Husserl es la objetividad de las esencias con exclusión radical de su inmanencia o trascendencia respecto del sujeto cognoscente; la Escolástica, en cambio, si no inventada, por lo menos cultivada, con amor jamás desmentido, por los españoles, y llevada por ellos a grados extraordinarios de desarrollo, se nos aparece como el único sistema filosófico compatible con las certezas fundamentales de la vida práctica. Del mismo modo, los impresionistas son el color con desmedro de calidades y composición, mientras que los cubistas lo dan todo a la composición; Debussy y Ravel sacrifican, respectivamente, la melodía y la

emoción en aras de una objetividad que hará desembocar a sus imitadores en las aberraciones de *Pacific 231* o *La fundición de acero*, mientras que Schönberg, a fuerza de análisis ultrasutiles, llega a diluir la tonalidad y a resolver las conquistas cromáticas en una masa grisácea e indiferenciada; en arquitectura es Le Corbusier—Edouard Jeanneret—quien sacrifica lo bello a lo útil al concebir exclusivamente—aquí, en el *exclusivamente* está el mal—el edificio funcional, olvidando las sabias advertencias de Fenelon a M. de la Motte. Pero, ¡para qué seguir! Recórranse las tendencias modernas, sin olvidar de agregar a las anteriores citadas el creacionismo con su culto exacerbado de la metáfora y el surrealismo con el futurismo, y nos encontraremos siempre con el mismo fenómeno: la prosecución y consecución de *una* sola calidad a costa de *todas* las demás.

Es que en la raíz de todas ellas se encuentra, como gusano roedor que concluye por esterilizarlas hasta hacerlas morir, cierta previa actitud deliberada. Las corrientes intelectuales modernas, tanto como las artísticas las de tipo filosófico, encarnan, por el hecho preciso de ser cerebrales, una reacción, o si el término desagrada, una revolución que, en la mayoría de los casos, carece de sinceridad. Claro está que es el caso ahora de preguntarse por qué el carácter cerebral, o racionalista, o deliberado, en fin, ha de ir unido a la falta de sinceridad. La respuesta es muy sencilla: porque toda creación del entendimiento humano, así se trate de obras de arte como de sistemas filosóficos, ha de responder a un imperativo vital; sólo así podrá librarse de convertirse en mero producto de fábrica o de taller. Esa es la suprema razón por qué los *ismos* modernos no lograron cuajar en España. Los españoles, aunque prácticamente olvidados de sus grandes revoluciones espirituales del Siglo de Oro, no han entrado, sin embargo, por las revoluciones modernas. A partir del neoclasicismo francés, todas las corrientes filosóficas o artísticas que han venido en son de visita al solar español, debieron permanecer en él como extranjeras, no sólo respecto del pueblo considerado peyorativamente en su condición de masa y de castizo, sino incluso del sector dirigente. Y si tenemos que hacer excepción en favor del movimiento romántico, se debe a que en muchos de sus aspectos, como por ejemplo en su devoción por la Edad Media y su actitud decidida de antagonista frente al neoclasicismo rígido de estirpe francesa, coincidía con las aspiraciones más entrañadas del pueblo español. De aquí proviene exclusivamente su relativa popularidad y todo aquello que en él hubo de impulso dinámico. Como que aún siguen estando de cierta actualidad algunas de

sus más características manifestaciones. Pero esto es, como decimos, una simple excepción. La verdad es que, a pesar de las apariencias, el espíritu español no concluye ni concluirá jamás de dar carta de ciudadanía a los *ismos*.

No tenemos más que mirar lo que sucede en el campo de la filosofía. No hay un solo sistema filosófico que haya brotado en suelo español. Y como para reforzar más ahincadamente esta actitud, es tan sólo la Escolástica, el único cuya paternidad no puede atribuirse con exclusividad a ninguna colectividad nacional ni individuos determinados, porque constituye en buenas cuentas el fruto científico connatural a un estado de alma que predominó alguna vez en toda Europa, el que más atenciones ha merecido del espíritu español; con la circunstancia, todavía, de que buen parte de su desarrollo, no por cierto formalmente sino respecto de sus condiciones subjetivas de existencia, se lo debe a la teología o más bien a la Revelación, porque la Escolástica, más que una filosofía o, si se quiere, *la* filosofía, es una teología o, mejor aún, *la* teología. Se dice, generalmente, que en España no ha habido filosofía. La afirmación podría aún generalizarse hasta extremos a primera vista insospechados y referírsela a la amplitud entera de las ciencias. Porque lo que no ha existido nunca en España es un movimiento puramente científico, es decir, un movimiento cuyo contenido exclusivo lo hayan constituído verdades obtenidas por abstracción. Ha habido arte español y teología española, porque ni el arte ni las disciplinas teológicas obedecen, como a última razón especificativa o determinante, a la abstracción. No es que el español sea incapaz de abstracción; si alguien se sintiere inclinado a creerlo, no tendría más que entrar en contacto con sus grandes teólogos para darse inmediata cuenta de que en este terreno—y en otros muchos— vencen a los mayores filósofos extraescolásticos del extranjero. Es que no se sacia con la abstracción sino con la Revelación. Por eso, frente a los filósofos europeos, frente a un Bacon o un Descartes, a un Locke o un Kant, a un Heggel o un Schopenhauer, a un Brentano, un Husserl, un Heideggel o un Croce, la nación española contrapone la falange apretada de sus teólogos y místicos como la expresión más pura y acendrada de su pensamiento especulativo. Lo cual está demostrando muy a las claras que no se trata en modo alguno de un fenómeno puramente casual, sino de una modalidad espiritual característica que hunde sus raíces en los reductos más entrañados del concepto que acerca de la finalidad de la vida tiene el español.

En el mundo del Arte ocurre igual cosa, por más que no se pueda advertirlo con igual facilidad desde el momento que la obra ar-

tística no se ajusta a un patrón objetivo extramental, sino, única y exclusivamente, al ejemplar del artífice. Observando sin prejuicio de ninguna clase lo que ocurre en España con los movimientos contemporáneos a partir del impresionismo pictórico, veremos que se les ha recibido con no disimulada indiferencia. Desde luego, cuando Francia, e incluso Inglaterra y Estados Unidos, pero sobre todo Francia, estaban contribuyendo a más y mejor al desarrollo de la pintura *à plein air*, España, que había engendrado con Velázquez y Goya a los descubridores de ese nuevo mundo encantado, sólo viene a dar un solo verdadero impresionista en la persona de Regoyos, y eso cuando el ciclo se estaba ya cerrando y despuntaban por el horizonte artístico Cézanne y luego Nonell y Picasso, además de los *fauves*. Análoga observación podría hacerse respecto de los movimientos de tipo literario. Compárese el auge adquirido en Francia por el surrealismo, el dadaísmo o el creacionismo con el que logró cobrar en España el ultraísmo o el propio creacionismo, y se verá la diferencia. Frente a toda una legión de poetas, entre los cuales figuran en primera línea Breton, Soupault, Eluard y Supervielle juntos con Apollinaire y Reverdy, así como con Picabia o Tristán Tzara o, aún, el francochileno Vicente Huidobro, la poesía española sólo produce los casos aislados y sobre todo transitorios de Gerardo Diego y Aleixandre, de Alberti, García Lorca y Larrea. Por último, si comparamos la irrupción de la nueva música en las naciones europeas por igual, nos encontraremos conque es en España donde, sin perder un ápice de su modernidad, adquiere perfiles más acentuadamente tradicionalistas. No hay más que comparar a Schönberg, Debussy y Strawinsky con Falla; a Honegger, Hindemith o Ben Britten con Ernesto Halffter o Joaquín Rodrigo, y se verá en seguida la diferencia. Y nada digamos, volviendo a la pintura, de don José Gutiérrez Solana, el genio solitario que, a fuerza de entroncarse con Ribera y el primer Velázquez por no decir con Brueghel el viejo y Patinir, gana por la mano en modernidad a tantos y tantos *snobs* del *arte al día*.

El anterior paralelo exige explicación, porque, por una parte, no parece el contraste entre el panorama español y el extranjero respecto del arte novísimo lo suficientemente acusado como para poder fundar sobre él toda una teoría; mientras que, por la otra, parece contradecirse con la afirmación, estampada poco antes, de la sensibilidad española para con los *ismos* contemporáneos. ¿Por qué afirmar, v. gr., que ha armonizado más con el espíritu francés que con el español un movimiento como el surrealismo que, en ciertos momentos, se ha hallado representado en el arte penin-

sular por un poeta de la talla de Aleixandre? Los nombres barajados españoles y extranjeros parecían indicar, en efecto, con su relativa equivalencia de calidad estética, que en el solar ibérico las corrientes novísimas habían prendido con vigor por lo menos tan intenso como en cualquiera de las demás naciones europeas. Además, si así fuese, no podría hablarse de correspondencia y comprensión española para los *ismos*. Pues bien: a una y otra objeción puede responderse con la simple verificación de un fenómeno sobre el cual tal vez no hemos fijado suficientemente la atención, y es que los afiliados españoles a los movimientos de vanguardia terminan siempre por superarlos, a no ser que—excepción que confirma la regla—abandonen el territorio de su propia patria. Resulta verdaderamente increíble que un fenómeno tan curioso y que aquí no hacemos sino señalar, por no permitirnos otra cosa la índole de este trabajo, no haya sido todavía puesto de relieve en toda la profundidad de su significado. No tenemos más que comparar, en el plano específico de cualquiera de las bellas artes, los artistas españoles que se han vinculado en definitiva al territorio nacional con los que por nacimiento o por adopción son extranjeros. Los *fauves* franceses o los españoles Picasso, Francisco Bores y Salvador Dali, como también Juan Gris o Juan Miró, siguen a estas alturas pintando, respectivamente, como en los mejores tiempos *fauvistas*, cubistas o surrealistas, mientras que el españolísimo Benjamín Palencia en sus obras, desde hace lo menos quince años a esta parte, pero sobre todo en sus últimas producciones, nos manifiesta con qué maestría ha sabido superar, no invalidar, una etapa que constituyó para él, como debió haber constituído para todo verdadero artista, un punto de arranque necesario hacia nuevos horizontes. El caso de Aleixandre o el de Gerardo Diego son del todo semejantes. Mientras los surrealistas y dadaístas franceses, así como los futuristas italianos permanecen largo tiempo, por no decir hasta hoy día, imperturbablemente adheridos a su actitud inicial, los dos grandes poetas españoles citados han recorrido un largo camino que va desde *Pasión de la tierra* hasta *Sombra del Paraíso* para Aleixandre, y para Gerardo Diego, desde *Manual de espumas* hasta *Alondra de verdad*. Además, es un hecho que el arte nuevo encuentra en España menos resonancia que en Francia o en Italia, por ejemplo; y conste que no nos referimos ahora a ese gran mundo que, con su barniz de cultura y su total incomprensión de los valores formalmente estéticos, sólo sienten inclinación sincera hacia los elementos anecdóticos del arte, sino a los verdaderos artistas. Aquí no existe la menor *fringale d'art nouveau*,

sino, al contrario, una percepción muy clara de lo que, dentro de las tendencias modernas, está llamado a desaparecer.

En realidad, y para los efectos de nuestra tesis, los artistas españoles que han afincado definitivamente en el extranjero, actúan siempre al compás estricto de los vientos europeos, por más que su personalidad resulte en la mayoría de los casos la más acusada. Son Picasso y Juan Gris los que infunden al cubismo una trascendencia que jamás habría conseguido de haber quedado exclusivamente en las manos de Georges Braque; pero, sin embargo, Picasso y Juan Gris siguen pintando cubismo—Juan Gris hasta que murió—. Los españoles, en cambio, que, tras estancias más o menos prolongadas en el extranjero, han vuelto en definitiva a respirar los aires patrios, modifican en seguida la actitud adoptada a inicios de su actividad creadora. Pero, ¡cuidado!, porque no se trata, en modo alguno, de regresión. Nada hay, por ejemplo, más revolucionariamente moderno que esas *Epifanías* de Benjamín Palencia o que el *Triptic de mosén Cinto* de Joaquín Rodrigo, y sin embargo, ¡cuánto más humanas aparecen y son en realidad estas creaciones que las telas surrealistas del propio Palencia o que *Iberia*, de Debussy. El artista español que arranca de un *ismo* cualquiera lo pierde muy pronto de vista; pero—y aquí está lo curioso del fenómeno—lo pierde de vista, no por volver atrás, sino por avanzar hasta el punto de que la fuerza y amplitud misma de su progresión le hacen entroncar de nuevo inesperadamente con la tradición. Las palabras de Aleixandre a este respecto resultan altamente aleccionadoras, y aunque de modo explícito sólo aluden a su propia trayectoria poética, adquieren, miradas en función del movimiento general del arte español, todo el valor de un símbolo (1). Por eso, la posición significada y exclusivamente vanguardista de los artistas españoles se manifiesta siempre como transitoria, fuera de que, dentro de la trayectoria peculiar a cada

(1) «*Sombra del paraíso*, mi reciente libro, es el último eslabón de una cadena evolutiva. No ha habido saltos. El poeta ha ido en una suave evolución desarrollando su línea vital. Mira hacia atrás y se sigue reconociendo en su remoto origen confesado, en su segundo libro, en el hervoroso y ciego o clarividente *Pasión de la tierra*. Pero—y aquí la sorpresa, aquí de lo imprevisible en el curso de un poeta—, con *Sombra del paraíso* en la mano, mira más hacia atrás y siente que este libro, último extremo de una evolución comenzada en el revolucionario *Pasión de la tierra*, se emparenta y enlaza de pronto, inesperadamente y por alguna zona visible, con aquel tradicional primer libro *Ambito*, que había quedado aparte, marginal y como excluído del proceso vivo de la evolución. La poesía se muerde la cola. Todo está rescatado. Lo que parecía una ruptura, no lo había sido, entonces. Y el sonriente espectador ve probado una vez más—y por lo que respecta a un poeta—lo que ya se sabía: que en poesía, en algún momento, la línea revolucionaria, si de veras genuina, acaba mostrando ser, haber sido, la única línea tradicional.» V. ALEIXANDRE, *La destrucción o el amor*, 2.ª ed., pág. 19. Confidencia literaria Poesía y vida, Madrid, 1945.

uno de ellos, concluye inevitablemente por adquirir caracteres de irremediable decrepitud: signo inequívoco de que no logró llevar sus raíces hasta los reductos mismos sustanciales de su espíritu. A eso se debe que hayamos afirmado la incapacidad relativa de los españoles para mantenerse dentro de los límites del vanguardismo, ya que no reside el hecho—importa destacarlo—, tanto de la calidad y número de los artistas que en una u otra forma se han sentido atraídos por sus encantos, como en el carácter genuinamente esporádico y ocasional de su afiliación. Por eso, también, el arte español, por novedoso y avanzado que sea, se nos aparece casi siempre libre de esas estridencias que perturban en buena parte la visión objetiva y serena de los demás artes europeos de vanguardia. En música se presenta más melódico y estructurado; en pintura, más sometido a esa ley de la imitación que, mal que le pese, le compete al arte pictórico, no en cuanto arte, sino en cuanto pictórico; en el campo de las letras, finalmente, más conforme con el orden lógico de las ideas, o, si se prefiere, más consciente, deliberado y racional.

En resumen, lo que España ha realizado en nuestros días con los movimientos espirituales novísimos, tanto en el campo de la filosofía como en el del arte, guarda estrecha analogía con la conducta por ella observada frente al gran movimiento renacentista: asimilarlos ella en lo mucho que tenían de afirmativo sin dejarse asimilar por ellos. Naturalmente que esta vez, pese a los grandes valores puestos en juego, de cuya calidad dan suficiente testimonio los nombres citados en el curso de estas páginas, no ha podido lograr el triunfo definitivo de entonces, porque sus condiciones espirituales no son las mismas. En aquellos tiempos el espíritu nacional español no solamente no se había visto contaminado de xenofilismo, sino que había tenido que dar el testimonio más intenso y desesperado de personalidad que tal vez le haya cabido en suerte a pueblo alguno de la tierra, mientras que ahora ha venido saliendo de dos largos siglos de extranjerización. Por eso pudo salir entonces, cuando en los demás países europeos se practicaba el culto neciamente exclusivista del clasicismo grecorromano, con su espléndida floración plateresca que aún hoy día provoca la admiración entusiasta de todos los espíritus susceptibles de dejarse impresionar por la belleza. Floración entrañadamente autóctona, a pesar de encontrarse entre sus elementos integrantes los más destacados del arte renacentista. Hoy día, tampoco, si observamos bien, ha dejado pasar el arte español una sola de las conquistas del arte nuevo, tanto menos cuanto que muchas de

ellas han sido no sólo preludiadas, sino, además, formalmente realizadas por españoles. Sobre ellas, empero, comenzó a imprimir desde un principio el sello de su propio espíritu, de suerte que si el proceso de autodescubrimiento y autoposesión en que se encuentra empeñada, para bien de todos los hispánicos, la nación española no se interrumpe, sino que, como todos ardientemente lo esperamos, llega a término feliz, no cabe la menor duda de que antes de mucho asistiremos al nacimiento de un arte español integral, uno, seguro de sí mismo, libre de inquietudes y torturas como no sean las connaturales a la propia actividad creadora, y del cual vienen siendo anuncio calificado todos esos movimientos, no por parciales menos interesantes, que desde hace casi ya medio siglo están resolviéndose en creaciones de la más alta y exquisita calidad estética.

* * *

Una vez expuestas con toda la rapidez que nos ha sido posible las características más salientes de lo que constituye la entraña espiritual de la nación española, queda ahora por averiguar cuál sea la raíz última de esas manifestaciones suyas, tan variadas y, a primera vista, tan inconexas.

Pues bien: dicha raíz se identifica con el sentido profundo que tienen los espaoles de la dignidad incomparable que, entre todos los seres de este mundo, tiene la persona humana; o en otras palabras, con lo que podríamos llamar el humanismo español, el único perfecto porque es el único que asume al hombre con todos sus valores, naturales y sobrenaturales, innatos y adquiridos. De ese humanismo cristiano que constituyó el patrimonio espiritual de la Edad Media, es el pueblo español quien se ha erigido en personero y heraldo suyo, porque es el único que, sabiéndolo o sin saberlo, lo ha convertido en idea, fuerza integral, en principio motor y orientador de todas las facetas, tanto especulativas como prácticas, de su actividad individual y colectiva. Aunque no podemos adentrarnos ahora en el terreno de las causas, porque eso alargaría desmesuradamente nuestro trabajo, podemos indicar, sin embargo, que la historia española, o si se quiere, ese concepto fundamental de la vida que va actuando como supuesto indispensable en todo lo que el ser humano piensa o realiza, se halla determinado, respecto del pueblo español, en gran parte por la prolongada contienda contra el Islam. Allí, en esa reacción encarnizada contra el fatalismo de los muslimes, fué cómo llegó a hacer de la libertad o de la facultad

de autodeterminación un verdadero culto. Pero como es precisamente a tal característica a la que el hombre debe el distinguirse irreductiblemente de las creaturas irracionales, nació de allí el culto a la persona humana, no en abstracto, sino en concreto, es decir, no del *animal rationale* de los lógicos, sino del *homo historicus*, que en el orden actual de la economía divina, no es más que el *homo christianus*, el *alter Christus*.

Es que el espíritu español considera la actividad humana no bajo su aspecto exclusivamente específico o cualitativo, sino en cuanto, mediante ella, la propia persona humana se relaciona, para bien o para mal, con el fin último. En todo cuanto se piensa y en todo cuanto se hace, descubre, antes que nada, cierta proyección del *yo*. Y esto constituye, sin duda, el carácter más saliente de su actitud fundamental ante la vida. Porque se dan, en realidad, dos maneras de enfocar los diferentes tipos de nuestra actividad: el considerarlos como dimanaciones actualizadoras de nuestras potencias o facultades, tanto espirituales como orgánicas, o bien como recursos indispensables para el *yo* de poder entrar en contacto con el mundo exterior, poniendo así en pleno juego sus posibilidades personales. En el primer caso, lo que interesa es la índole misma de la actividad; es decir, si es filosófica, científica o creadora, de tipo moral o político, etc., etc. En el segundo, en cambio, lo que importa, ante todo, son las condiciones subjetivas en que ha conseguido desarrollarse. De aquí se desprende que el alma española implica cierta tendencia muy acusada a existencializar la realidad, tal como se da hoy en el mundo filosófico europeo, que le lleva, a su vez, no por cierto a privar de importancia a la renovación técnica en el arte, la filosofía y demás campos de la actividad humana, pero sí a mantenerla, frente a los supremos valores humanos, en estado de manifiesta y rigurosa subordinación. El español se halla íntima e invenciblemente convencido de que cuando se trata de los valores incorporados a la línea del fin último, lo demás no cuenta ni debe contar para nada. Ahora bien: la única manera de conseguirlo consiste en trasladarse del plano específico hasta el de la hipóstasis, y tomar en cuenta no tanto el hecho de que el accidente se mantiene respecto de la sustancia en la posición de principio formal o determinante, sino en el otro, mucho más hondo, de que la sustancia es quien da razón suficiente de sus determinaciones accidentales, del mismo modo que la da el manantial de los arroyos que arrancan de su líquido seno. Así los medios técnicos pierden de su importancia en beneficio del modo cómo se emplean. Porque, en último término, es la sustancia creada, la hipóstasis o la persona,

quien ejerce legítimo dominio sobre todos sus accidentes, y es natural que ese dominio, que consiste en cierta especie de determinación superformal, ya que coincide en cierto sentido con la condición metafísica de instrumento, llegue a predominar sobre el influjo determinador ejercido por el accidente.

Es esta inclinación radical del español la que le conduce naturalmente y como de la mano a la consideración del *homo historicus*. Por eso, dentro de la actividad humana, lo que más le ha de atraer es lo que Max Scheler denomina el *saber de salvación;* es decir, el verdadero saber de salvación. De aquí nace esa especie de repugnancia instintiva del español a toda actividad meramente especulativa, porque según lo hemos hecho observar en algún otro de nuestros trabajos, la especulación sólo la puede lograr el entendimiento humano a fuerza de abstracción, y la abstracción, como cualquiera lo puede echar de ver, opera en el objeto un evidente e inevitable empobrecimiento. Para el español, lo que ha de satisfacer mejor sus aspiraciones es un conocimiento o más bien un saber que se logre no por abstracción, sino por Revelación. En una palabra: con lo único que puede contentarse el español en el plano de la inteligencia es con el saber teológico. Allí la abstracción queda superada por la luz de la fe, ni, por consiguiente, podrán actuar temores relativos a verse escamotear esa realidad concreta y palpitante que es la que él quiere. Fuera de eso, es en el saber teológico donde el espíritu español habrá de ver aquietados sus anhelos de absoluto, porque en la autoridad divina ha de encontrar un fundamento más firme a la certeza que las más claras evidencias de tipo natural, incluso que el de los principios primeros de la razón. Es que la luz de la fe le hace entrar en contacto directo con la realidad más inefablemente concreta y, por lo mismo, más inefablemente rica y compleja que es posible concebir: el propio Acto puro.

Por eso, el saber más típicamente español es el saber teológico integral; o sea, una teología que, saliendo de las dimensiones de un puro objeto de conocimiento, logre adquirir las de una auténtica vivencia. En una palabra: la teología mística. Es preciso observar, en efecto, que al lado del vivir según la fe existe también el conocimiento puramente especulativo de las verdades reveladas, el cual constituye también, a su modo, un saber teológico desde el momento que, según nos lo advierte Santo Tomás, el *habitus* infuso de la fe, y la fe de los que se encuentran en estado de pecado mortal y privados, en consecuencia, de vida sobrenatural a la vez que de virtudes infusas, pertenecen exactamente a la misma espe-

cie. Claro está que, en este caso, se trata de un saber que se desarrolla según sus dimensiones específicas, sí, pero también fuera de su clima normal, y que más bien podría recibir el epíteto de *filosofía de los dogmas*. No hay duda que aun esta teología inadecuada responde ya, no obstante su imperfección, mejor que el puro conocimiento filosófico, incluso que la propia filosofía cristiana, a las tendencias más entrañadas del espíritu español, porque tampoco hay en ella lugar para la abstracción. Sin embargo, resulta a todas luces evidente que por su mismo carácter deficiente, inacabado y como en agraz, esa teología exige como remate la otra, la adecuada, la que brota de un entendimiento que ha sumergido sus raíces en el alma santificada por la gracia. De allí proviene que el saber de experiencia sea, entre todos los tipos de conocimiento humano, el más característico de la nación española como nación, y que su conceptualización sea lo que más impulso le haya dado para volar. Así se explica que todos los grandes teólogos de su Siglo de Oro escribiesen sobre mística y viviesen también como místicos, aun aquellos que, como Melchor Cano o Báñez, parecerían a primera vista muy alejados, en virtud del andamiaje conceptual a que debían echar mano para cumplir con los deberes de su magisterio, de las experiencias místicas. Ahí está, como botón de muestra, el pequeño y precioso librito del propio Cano titulado *Tratado de la victoria de sí mismo*.

Ese personalismo, o sea, ese mal llamado individualismo es lo que hace al espíritu español mantenerse siempre tan aferrado a su tradición. Porque un hecho curioso es que el español se manifiesta siempre, de modo casi instintivo, antivanguardista, a la vez que enemigo de la rutina. Sus más audaces innovaciones llevan invariablemente la marca inequívoca de un equilibrio interno al mismo tiempo que sus más reaccionarios academicismos no dejan nunca de presentar alguna faceta novedosa. En cambio, fuera de España, el péndulo oscila del uno al otro extremo. El español sabe, o a lo menos presiente, que el ser humano permanece siempre sustancialmente idéntico a sí mismo, y como todas sus manifestaciones científicas, artísticas, filosóficas o políticosociales las ha de considerar y valorar en función de ese patrón inmutable, resultará así, él, tan acusado de extremoso, enemigo nato de cualquier radicalismo, y el más susceptible de mantenerse, precisamente, en el fiel de la balanza con la seguridad y constancia que son hijas del instinto. Sin embargo, así tenía que ser. El español se vuelve extremoso y extremista cuando está en juego o cree él que está en juego algún valor trascendente del hombre. Entonces sí que tanto en el ataque

como en la defensa se juega a sí propio por entero. Empero, la claridad misma con que lo percibe le hace también guardar constantemente ante su vista, por una parte, el carácter accidental de todo lo que no se refiera al fin último, y por otra, que los valores formalmente humanos deberán actuar siempre como timón. En una palabra: que, así como el hombre permanece siempre sustancialmente idéntico a sí mismo y sólo varía bajo un cualquiera de sus aspectos accidentales, así también todas las manifestaciones externas de su *yo* deben permanecer a su vez sustancialmente idénticas a sí mismas y sólo variar en lo accesorio. Existe, en realidad, en el pueblo español una honda sabiduría colectiva, un sentido señoril de las proporciones que tal vez llegue a coartarle, en alguna ocasión, sus impulsos de originalidad, pero que, por otra parte, le impedirán siempre desquiciarse y perder el dominio de sí mismo, porque la percepción de la personalidad humana estará allí actuando a manera de norte que hará girar en torno suyo todas las facetas de su actividad.

Por eso, lo interesante para el español no es la determinación específica de las artes o ciencias entre sí, sino la individualización que haya de sufrir cada una de ellas en el seno de la persona. Por eso, en vez de buscar nuevos medios de expresión, buscará más bien nuevas individualizaciones de los ya existentes. Y en tal empresa se mostrará casi infalible. El sometimiento a determinadas exigencias técnicas lo reemplazará con la sujeción a las exigencias del propio *yo*, por cuyo camino llegará a innovaciones técnicas más interesantes y, a la vez, como ya lo hemos hecho notar en el curso de estas páginas, más equilibradas. La sinceridad consigo mismo ha de actuar allí como fermento inapreciable de nuevos hallazgos y renovaciones. Ahora que todas ellas, como ya también lo dejábamos insinuado, habrán de responder a una auténtica necesidad vital. En otras palabras: serán inevitables. De manera que no es cierto aquello de que al español le preocupa más el tema que la forma de la obra. Lo que pasa es que en el propio hondón de su espíritu halla siempre los recursos necesarios para dar, en un tema cualquiera, con aspectos insospechados, porque cuando las facultades entran en juego conscientes de su condición de emisarias del *yo*, entonces es cuando trabajan con más ardor y con mayores posibilidades de penetrar en la entraña de la realidad. Comparemos, a propósito de esto, los casos sintomáticos de Solana y Picasso: frente a la prodigiosa flexibilidad intelectual y técnica de Picasso, que le ha llevado indudablemente y por más que se trate de negarlo en nombre de cerrilismos injustificables, a la creación de gran número de obras maestras, el mon-

tañés se muestra de una fuerza al mismo tiempo que de una novedad impresionantes, más hondas y auténticas que las de su rival malagueño. ¿Mayores dotes? Difícil parece. Lo que sí tiene Solana es mayor honradez y sinceridad consigo mismo, menos deseos de parecer novedoso y de atraerse el aplauso de tanto *snob* que no logra saber nunca dónde estriba la grandeza de esos artistas, políticos o pensadores, a los cuales alaba porque simplemente ha oído decir que están al día, que son la última palabra del espíritu moderno. La misma impresión nos habrá de producir cualquier paralelo establecido en teología, filosofía o ciencias especulativas y técnicas en general entre un español y un extranjero. El personalismo español se habrá de inclinar siempre a la sinceridad consigo mismo que, normalmente y en definitiva, es la sinceridad con Dios, no la sinceridad inmediata con el espectador, porque ésta, a lo único que puede pretender es a la condición de mera resultante, pero de ningún modo a la de objetivo o finalidad.

Así, pues, la nación española debe resolverse a asumir sin restricciones la custodia del humanismo cristiano, sin que vengan a perturbarla pretendidos complejos de inferioridad. En su pasado glorioso podrá encontrar una lección elocuente cual ninguna—porque nada hay más elocuente que la lección de los hechos—acerca de los procedimientos que deberá emplear para volver otra vez a ser grande. Aquí, sin embargo, hay que evitar un escollo, sumamente peligroso, por el hecho de que encuentra siempre un cómplice seguro en el orgullo innato que afecta a todo ser humano, y es el de confundir la grandeza nacional con la grandeza material de la nación. Tanto valdría aquilatar la categoría humana de un individuo por la dosis de fuerza física de que disponga. Una comunidad cualquiera nacional será grande cuando logre disponer de un principio interno de actividad que la haga acentuar y poner de manifiesto ciertas características diferenciales con cuyo ejercicio logrará realizar la misión peculiar que le haya sido confiada por los designios de la Providencia. Del mismo modo que ningún ser humano puede verse reemplazado por uno cualquiera de sus semejantes en la misión particular que le haya sido encomendada dentro del conjunto del plan divino, así tampoco puede una nación suplir a otra en la misión que le haya sido asignada. De lo contrario, no habría en el mundo razón capaz de demostrar por qué son más de una las nacionales y las personas. Si la operación sigue al ser, y el modo de operar al modo de ser, la única explicación satisfactoria y adecuada de la pluralidad de personas y de naciones habrá de ser la pluralidad de sus respectivas misiones. No perdamos tampoco de vista

que las personas individuales son irreductibles entre sí, pues teniéndolo muy presente podremos explicarnos satisfactoriamente la irreductibilidad mutua de las naciones, las cuales, al fin y al cabo, sólo vienen a constituir proyecciones, en el plano colectivo, de la persona individual.

De aquí se deduce que la única actitud que se le presenta a la nación española como conforme con sus tradiciones más preciadas y con la entraña de su verdadero ser histórico debe obligatoriamente diferir de la de todas las demás naciones de la tierra. Pretender, pues, imitarlas en el sentido de reproducir en cuanto a la entidad concreta y condiciones materiales de existencia, gestos y decisiones ocurridos fuera de sus ámbitos territorial, histórico y psicológico, constituiría algo perfectamente inútil, además de ridículo. La única imitación acertada, en este plano y en todos, es la de tipo formal, en cuya virtud España imitó a Grecia en el teatro, únicamente porque hizo, como Grecia, teatro nacional. Lo demás vendría a significar, en último término, rebelarse contra el plan de Dios. Ahora se le han presentado a España circunstancias de política internacional tan ingratas, por lo menos, como las que le sobrevinieron en los últimos tiempos, ya ingratos políticamente, de la Contrarreforma. Como entonces, tampoco ahora dispone la nación española de la prepotencia material para defenderse de las insidias extranjeras, y, como entonces igualmente, la línea de conducta que le impone la Providencia por boca de las tremendas circunstancias históricas de hoy día, es de meridiana claridad: rechazar todo espejismo de seudocivilización o seudocultura, y dar testimonio inquebrantable de que, por encima de leyes nacionales y de internacionalismos de ley por lo menos dudosa, existen los valores eternos de la persona humana, que es preciso defender a todo trance como la norma suprema de toda verdadera cultura y civilización. Esa es, precisamente, su gloria, y por ser su gloria también ha sido la fuente principal, aunque indirecta, por supuesto, de sus tragedias y sufrimientos, pues que las naciones, por el hecho de proyectar la persona humana, deben sufrir purificaciones tanto más dolorosas cuanto más elevada fuere la misión a que la Providencia las ha destinado.

Es preciso, sin embargo, evitar un escollo: el de olvidar el inevitable aspecto histórico de la comunidad nacional considerada aun en su propia esencia específica. Si la nación debe verificarse en el tiempo, debe verificarse según los tiempos, y eso es, precisamente, lo que constituye el principal peligro en la marcha que aquélla debe mantener a través de la Historia: no acertar a comprender la época que se está viviendo. En el siglo del supercapitalismo y de la

gran industria no se puede ser humanista cristiano *del mismo modo* que en los tiempos de la riqueza rural y de los gremios municipales. Lo que se mantiene y debe mantenerse invariable son los principios; en cambio, lo que debe hallarse en estado continuo de superación es el modo de aplicar los principios. Y es evidente que existe el peligro de disvirtuar los principios y hacerles perder su fisonomía característica bajo el peso de aplicaciones antinaturales, por violentas, como también el de mantenerlos al margen de la historia propiamente dicha debido a la carencia de actualización de sus posibilidades concretas. Para poder la nación española mantener su línea de defensora del humanismo cristiano, deberá emplear todos los medios aptos actualmente, en el siglo XX, para conseguirlo, so pena de ser infiel a su misión, lo cual le impone la obligación ineludible de recurrir al progreso técnico y al cultivo de las ciencias experimentales, hacia las cuales no había sentido hasta ahora particular afición. Esto no quiere decir en modo alguno que deba España europeizarse al modo del siglo XX, porque la forma cómo debe procurar su incorporación a tales disciplinas debe ser privativa suya, cosa que, por lo demás, está siendo ya un hecho en estos días en que España sigue avanzando a paso firme en el conocimiento de sí propia y que con su actuación misma está demostrando que se puede buscar la grandeza material no por lo que ésta tenga de valor autónomo, sino por lo que significa como instrumento de una misión trascendente. La personalidad nacional de España, irreemplazable a la vez que intransferible como todas las personalidades nacionales, queda así en salvo. España habrá de buscar, busca ya, su engrandecimiento material de un modo completamente suyo; en una palabra: *more hispanico*, sin estridencias de ninguna especie, pero también sin compromiso alguno con la rutina; sin apego a lo anecdótico del pasado y con la vista firmemente orientada hacia el porvenir.

Como motivo determinante, y no de los menos poderosos, de la trayectoria española, habrá que considerar la situación que ocupa *de jure* la nación española respecto de los países hispanoamericanos. No es ningún misterio, para quien sepa mirar en la entraña de los acontecimientos históricos, que el desprestigio en que se vió envuelta España respecto de las naciones hispanoamericanas se debió en gran parte, por no decir exclusivamente, a la europeización dieciochesca de la nación española. Si lo único que los hispanoamericanos pudiéramos o podíamos recibir de España eran valores europeos presentados al modo europeo, más valía entonces establecer contacto directo con Europa para, de este modo, por lo me-

nos, recibirlos de primera mano. Aquí reside la causa del poco interés que Hispanoamérica ha demostrado por la comunidad nacional peninsular. No nos llegaba nada verdaderamente auténtico de España, como no fuera lo costumbrista, lo peyorativamente castizo, y es evidente que con esto no nos podíamos satisfacer cuando de las demás naciones europeas estábamos recibiendo lo mejor de su producción. No podíamos, v. gr., comparar *La Dolorosa* con *Tristán e Isolda* o *Tanhauser*, ni Campoamor con Baudelaire; ni tampoco, en otro orden de cosas, el acorazado *España* con el *Queen Elizabeth* o el *Vanguard*. *Haec oportebat facere et illa non ommittere*. Es absolutamente necesario al prestigio internacional de España el incorporar a su espíritu todo cuanto signifique progreso técnicoindustrial y ciencias especulativamente experimentales; pero también es absolutamente necesario al ser histórico de España que tales aportaciones se desarrollen dentro de un clima esencialmente teológico. Así podrá la Hispanidad ir cobrando poco a poco el cuerpo histórico que le corresponde de acuerdo con los principios que le dieron un día realidad magnífica en el marco de la civilización cristiana.